

nac tampoco pudo saber nada de esto. Tan impenetrable secreto se guardó para que ninguna influencia pudiera detener la nefasta obra del gobierno y del rey, que hasta se llegaron a pasar los oficios convocando á los pares para la sesión de apertura. A lo que se ve, el gobierno creía atontar el país con la sorpresa. Sólo el gobierno, pues, ignoraba que la sorpresa la daba cada día que la nación veía pasar sin publicarse las tremendas y esperadas ordenanzas.

Firmáronse las ordenanzas el día 25 de Julio y habiendo pedido á Polignac, ministro de la Guerra interino, si había tomado sus medidas para evitar un conflicto, Polignac apoyándose en el informe del jefe de policía, Mangin, que le había asegurado que el orden no se turbaría en París, sucediera lo que sucediera, dijo que todo estaba previsto. Y sin embargo, nada se había hecho.

La guarnición de París, que contaba á la sazón unos once mil hombres, tenía todos sus jefes principales ausentes, y aún muchos subalternos, á quienes se había dado licencia para que fueran á cumplir en sus domicilios sus derechos electorales. Marmont, que era el comandante en jefe, estaba tan disgustado por habersele negado el mando del ejército de África, que era temerario esperar nada de su energía, pues no sólo se le negó el mando, sino que se hizo su pretensión objeto de grandes burlas, cuando Marmont tenía mayores títulos que Bourmont para dirigirlo, pues el duque de Ragusa había ilustrado su nombre en Egipto.

Con la gente de los campos de Saint-Omer y de Luneville no se podía contar, porque habiendo querido dominar el rey de los Países Bajos la agitación de Bélgica haciéndola ocupar por un cuerpo de tropas prusianas, Polignac le había declarado que si un soldado prusiano pasaba la frontera, el mismo día la pasarían las tropas acampadas en Saint-Omer y Luneville.

De modo que no podía contar el gobierno más que con los once mil hombres de la guarnición de París, cuyos batallones hacía diez y ocho meses que no se habían cambiado, es decir, que habían estado más tiempo del que necesitaban las bayonetas para que se hicieran inteligentes.

Al entregarse á de Sanvo las ordenanzas para que se imprimieran y publicaran en *El Monitor*, del 26, Monthel le preguntó: ¿y bien, qué os parecen? «Que Dios salve al rey y á Francia,» respondió de Sanvo, «he visto todas las jornadas de la Revolución, y me retiro con un terror profundo, pues preveo nuevas sacudidas.»

La gran semana de Julio, se abrió publicándose las ordenanzas. Lunes, 26: En este primer día se demostró cómo se organizan las revoluciones cuando son inevitables.

Fué *El Nacional*, el diario de Thiers, el que publicando por la mañana del 26 una edición extraordinaria con las ordenanzas, las hizo públicas; pues dado el corto número de lectores de *El Monitor*, á las once de la mañana eran, puede así decirse, casi desconocidas de la población de París. Una vez conocidas, el efecto fué pavoroso. Los cambistas principiaron por suspender sus cambios. La bolsa se declaró en baja. Los impresores previnieron que iban á cerrar sus establecimientos, y muchos industriales anunciaron á los obreros otro tanto.

Por su parte los periodistas se agitaban, creían indispensable una protesta, pero en la redacción de *El Nacional*, en donde se reunían los periodistas, todo era indecisión. Thiers decía: «el pueblo no se mueve,» y estas palabras produjeron el efecto más desastroso. «Firmar,—decía,—es presentar nuestras cabezas al gobierno;» Voilen Barrat y lo mismo Dupin, no creían que el pueblo saliera á la calle; á Schouen que pedía que se llamara al pueblo, le contestaba Thiers con qué pensaba contestar á los batallones y á los cañones del gobierno. Sin embargo, bastó que Carlos Remusat pusiera el primero su firma en la protesta que casi pasaba de tímida, para que ésta reuniera un gran número de firmas y se hiciera publicar en una tercera edición de *El Nacional*, del mismo día 26.

Entre los diputados fué Berard, diputado de Sena y Oise quien se fué en busca de sus colegas para formalizar su protesta, pero todo era indecisión entre sus compañeros. Sólo Laborde, diputado por París, le secundaba. Á Villemain y Pesier les parecía precipitado lo que Berard proponía.

Mientras tanto el pueblo se iba reuniendo en la plaza del Palais-Royal y se entregaba á toda clase de manifestaciones. Al anoecer los tipógrafos de París recorrieron las calles al grito de «¡Abajo los ministros!» En el Palais-Royal chocaron el pueblo y la gendarmería; y el pueblo chocó con Polignac en el momento en que éste entraba en el palacio del ministerio de Estado, apedreando primero su coche y luego rompiendo los cristales de los balcones del ministerio.

Los dueños de las imprentas, en donde se imprimían los diarios liberales, negábanse á continuar haciéndolo, y fué necesario que se acudiera al juez de guardia, que les mandó que continuaran la publicación, dando, sin embargo, por excusa que las

ordenanzas no se habían publicado en el *Boletín de las leyes*. Así pudieron aparecer los diarios liberales el martes 27 de Julio; sin embargo, sólo *Le Temps* se atrevió á publicar la protesta de *El Nacional*.

Todos estos síntomas de la gran tempestad no lo fueron ni para Polignac ni para Carlos X. El primero dijo al prefecto de París, que le pedía instrucciones, que no tenía por qué dárselas. Marmont recibía igual respuesta de Carlos X.

Amaneció el martes de la gran semana con miles de repartidores de *El Nacional* y de *Le Temps*, repartiendo á granel miles de números de dichos diarios, para que todo el mundo se enterase de la protesta de la prensa. Berard, que en todo pensaba, al ver á la policía invadir las imprentas de *El Nacional* y de *Le Temps* para desmontar las máquinas, siendo necesario en *El Nacional* forzar las puertas, y en *Le Temps*, que tenía su redacción en la calle de Richelieu, en el centro de la agitación, que sufrir que Coste y Baude leyeran á la policía los artículos del Código penal, en cuyas penas incurría por el acto que iba á ejecutar; Berard, decimos, opinando que no se debía dejar á la prensa realista que llegase sola á los departamentos con sus noticias falsas ó incompletas, organizó por su parte sus policías y los dirigió contra las imprentas de los diarios realistas que quedaron realmente inutilizadas; mientras que los cerrajeros, que había llevado el gobierno, desmontaron las prensas de *El Nacional* y de *Le Temps* de tal modo, que por la noche ya estaban funcionando.

El tumulto en la Plaza Real fué mayor este día, porque el pueblo excitado acudió allí en grandes masas, aumentadas con los obreros sin trabajo de varias fábricas é imprentas, pues los fabricantes liberales cumpliendo su promesa, habían cerrado, dando el ejemplo Andry de Puyraveau y Ternaux. Así fueron más sensibles los choques de este día, pues la guardia del Palais-Royal tuvo que soltar una descarga que mató á un hombre é hirió á otros tres. De la policía muchos salieron descalabrados á pedradas.

Ahora era cuando los diputados destituidos se reunieron en casa de Casimiro Perier, lo que no se hizo muy á su gusto, sita en el ángulo de las calles Vendome y Rivoli. Nada hubieran acordado los diputados á pesar de los reproches de Berard y de los hombres de acción que allí acudieron, como Schouen, si la gendarmería no hubiese cargado á la multitud aglomerada delante de la casa de Perier para conocer las resoluciones de los diputados; pero al oír los gritos de los que huían y de los que eran

atropellados, los más prudentes ó miedosos, los que como Casimiro Perier y Dupin hasta discutían la constitucionalidad de las ordenanzas, sintiéronse llenos de indignación, acordando al fin formalizar su protesta, cuya redacción se encargó á Guizot, Dupin y Villemain; lo que es decir si había de salir templada y moderada, señalándose el día siguiente para firmarla, y como punto de reunión la casa de Andry de Puyraveau en la calle del Faubourg-Poissonnière.

Apenas acababan de poner fin á su deliberación los diputados, cuando se les presentó una diputación de la gente de *El Nacional*, compuesta de Thiers, Chevalier-Lemore y Bonnelier. A estos hombres que tanto habían osado ya, Perier les arregaba diciéndoles que era necesario esperar hasta el 3 de Agosto, la fecha revelada para la reunión de la Cámara, lo que hizo exclamar á Bonnelier «que continuarían adelante con ellos ó sin ellos.»—«¿Pero á dónde queréis llevarnos?»—dijole Guizot.—«A la revolución,» le replicó Chevalier. Y después de estas palabras se separaron como gentes incapaces de entenderse.

Al caer la tarde, sobre las cinco, Marmont, á quien el rey que se había marchado á Saint-Cloud había entregado el mando de las tropas de París, luego que hubieron entrado los soldados en sus cuarteles, pues ni aun esta precaución de no dejarlos salir había tomado Polignac, las formó y les dió orden de salir y ocupar algunos puntos de los bulevares, la plaza Vendome, la de Luis XV y el Puente Nuevo, estableciendo además una serie de patrullas para que mantuvieran las comunicaciones entre estas fuerzas así apostadas.

Estas fuerzas, al llegar al centro de la agitación, á duras penas podían abrirse paso por entre la masa compacta de la multitud, y como en aquellos momentos pasaran tres carros cargados de piedra para una casa en construcción, el pueblo los volcó y con ellos construyó la primera barricada en frente de la calle de Richelieu en la de San Honorato. Poco después se levantaba otra barricada en la calle de la Echelle.

Para tomar y destruir estas barricadas la policía se declaró impotente, siendo necesario ya el concurso de la caballería y de la infantería. Un tiro disparado de una ventana contra la tropa obligó á ésta á hacer uso de las armas. Otro tanto sucedía en la calle Traversière, y algunas personas encontraron en una y otra parte la muerte. Las desgracias hubieran sido muchas si la tropa hubiese mostrado ganas de batirse, pero ni en la infantería de línea,



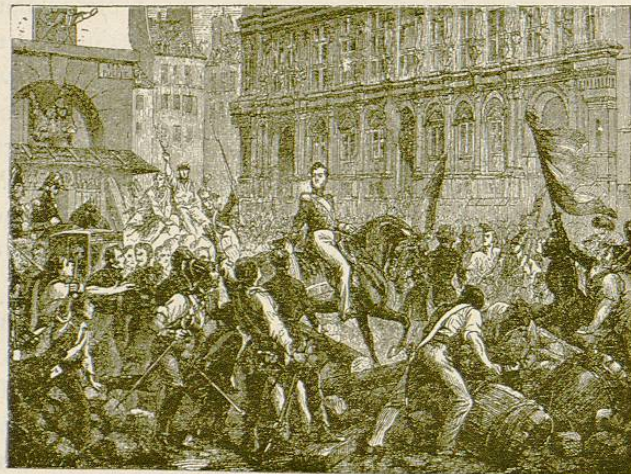
ni en la misma guardia real, se mostró ardor alguno; se cumplía con la disciplina y nada más.

Lo que había ocurrido en estos puntos fueron imprudencias de los exaltados, porque en ninguna parte el pueblo recibía á tiros á la tropa, sino todo lo contrario.

A los que fueron á ocupar el Puente Nuevo se les recibió con gritos de entusiasmo y de simpatía, capaces de quebrantar esa disciplina que había ya ocasionado varias víctimas; á los que fueron á ocupar la plaza Vendome sucedió lo mismo. Estos pertenecían al 5.º de línea, y habiendo su comandante dado la voz de fuego para abrir paso por entre la apiñada

multitud, el capitán de la primera compañía dió la orden á sus soldados de «al brazo.» Desde este momento los gritos de ¡viva la línea! resonaron por todo París, y la noticia de lo ocurrido se divulgó con la electricidad del rayo. Para el pueblo era ya notorio que la tropa estaba con él, y esta convicción naturalmente multiplicó en todas partes su energía.

Al cerrar la noche ya eran muchos los que se presentaban armados ó con los fusiles de la Guardia nacional disuelta, que aún continuaban en su poder ó con los que se habían quitado á los armeros, cuyas casas se habían saqueado, y las barricadas aparecían ya aumentarse.



Luís Felipe en el Hotel de Ville

Marmont á las once de la noche, dispuso que las tropas volvieran á los cuarteles, porque la oscuridad era en París completa, pues no se habían podido encender los faroles, en su mayoría destrozados por el pueblo.

Los sucesos de este día se completan sabiendo que los electores también se reunieron dirigidos por los hombres de *El Nacional*, acordando distribuirse y formar comités permanentes en los doce distritos de París. Estos comités habían de estar en relación con los diputados por medio de Schouen.

Amaneció el miércoles de la gran semana con artículos virulentos en *El Nacional* y *Le Temps*, únicos diarios que continuaron publicándose. *El Nacional* venía casi incendiario, y con el día y con estos artículos principió la agitación, tanto que á las cinco ya Marmont avisaba al rey en Saint-Cloud que la agitación era muy viva en París. Entonces se resolvió declarar á París en estado de sitio, y Marmont en previsión de lo que pudiera ocurrir y de la agitación pública cada vez más intensa, mandó concen-

trar en la capital las guarniciones de Versailles y Saint-Denis, tomando sus disposiciones para hacer venir las de las ciudades inmediatas á París.

La situación en el cuartel general se hacía de minuto en minuto más alarmante. Abandonada la ciudad por las tropas, una parte del pueblo se fué de casa en casa de los guardias nacionales á buscar sus fusiles. De ellos los hubo que en vez de entregarlos se unieron á los amotinados y hasta se vió á muchos presentarse en la calle con el traje de miliciano, esto mientras otra parte del pueblo desempedrabá las calles, levantaba una barricada en cada esquina, y subía á los pisos altos toda clase de proyectiles.

Era todavía muy temprano cuando una turba de muchachos principió á destruir las armas de los borbones, que ostentaban en sus tiendas los proveedores de la Real Casa; las banderas blancas de las alcaldías de distrito fueron destrozadas, y todas cuantas flores de lis y escudos reales aparecían en cualquier sitio, eran destrozados. Ahora ya no se gritaba en la calle «¡abajo los ministros!» sino «¡abajo los borbones!»

A las once de la mañana el pueblo se apodera de las Casas Consistoriales que estaban abandonadas, é izada la bandera tricolor, ésta aparece igualmente en lo alto de las torres de la catedral, cuyas campanas llevan la alarma á todas partes tocando á arrebato.

Marmont escribía á las nueve de la mañana al rey: «El honor de la corona todavía puede salvarse; mañana será tal vez tarde; no se trata de una bullanga sino de una revolución.»

Puesto que se trataba de una revolución y no de un motín, lo primero que debía hacer Marmont era darse cuenta exacta de las fuerzas con que podía esperar batir la revolución. Esto hizo y concluyó que

no podía atacar. Su honor de soldado le pareció quedar comprometido con esta resolución y le decidió á emprender la lucha cuando ya preveía que para resistir con éxito lo mejor que podía hacer era concentrar sus fuerzas entre el Palais-Royal, el Louvre y las Tullerías, lo que llamaba la ciudadela de París. El soldado se impuso al general y como no se le ocultaba que era arriesgado llevar adelante la infantería de línea, que era aclamada en las calles de París, resolvió dar la batalla á la revolución con solo la guardia real y los suizos, de modo que aún contando con su valor, su disciplina y su abnegación, Marmont no podía esperar la victoria aún



El pueblo marcha á Rambouillet

cuando sus tropas salieran victoriosas. Y así sucedió en efecto. Las cinco columnas que formó, todas ellas llevaron á cabo su misión con éxito. Cruzaron los bulevares, llegaron á la Bastilla, recobrando las Casas Consistoriales, etc., pero estas cinco columnas no podían considerar suyo más que el terreno que pisaban, pues tan pronto abandonaban la barricada que habían tomado para continuar adelante, esta barricada, que las tropas destruían, se restablecía como por ensalmo y de nuevo era coronada de defensores. Así resultaba que á cada paso que daban esas cinco columnas, se podían considerar cortadas y aisladas, y que en donde hacían alto no hacían más que pararse para ser fusilados los soldados, pues el fuego les acompañaba á todos lados; fuego más ó menos intenso aquí y allá, pero que siempre daba por resultado mantener en agitación á una gente que no veía más que enemigos en todas partes, que en cada casa veía una fortaleza para sus enemigos, que tenía que sufrir toda clase de injurias y privaciones, y ver como mientras á ellos les faltaba todo, pan, vino, agua, som-

bra, pues el día era de los más calurosos; sus enemigos estaban en la abundancia y se regalaban y descansaban y renovaban cuando mejor les parecía entre los aplausos de la multitud y los punzantes vivas de las mujeres, que con su arrojo les incitaban al combate.

Cuatrocientas bajas tuvieron las tropas, ¿y para qué? para que al caer el día Marmont les enviara orden de concentrarse, de abandonar los puntos que habían ocupado sin conservar uno solo, para esperar que los que habían atacado el miércoles fueran atacados el jueves. Marmont es, pues, realmente responsable de la sangre inútilmente derramada en este día y de la desmoralización de sus tropas, ¿pues qué solidez habían de tener éstas al día siguiente pensando que todo París había quedado en manos de la insurrección, y que ellos estaban como prisioneros en el centro del mismo, ó como encerrados á la defensiva dentro de su ciudadela? ¿Cómo no había de decirse que era el pueblo el que había ganado la batalla del miércoles?